

naban la novela sin oír-la, y la cerraban sus puertas con el mismo terror que á la peste. Por otra parte, el movimiento literario era nulo, y todo se consagraba á las áridas cuestiones de la política.

La primera época de entusiasmo literario reapareció, por fin; y un joven, entonces consagrado con ardor á la bella literatura y notable por su talento, por su fina observación y por los conocimientos adquiridos en sus viajes y en sus estudios de las obras extranjeras, fué el nuevo autor. Llamábase este D. Manuel Payno, y la nueva producción *El Fistol del Diablo* tuvo una popularidad merecida, porque era también un estudio de la sociedad mejicana, ya un poco diferente de aquella que pintó el Pensador; aunque es necesario decir que como las costumbres no se cambian como una decoración teatral, aun ahora mismo viven muchos tipos del *Periquillo*, y aun no desaparecen completamente las costumbres ni el lenguaje popular de aquella época.

Pero Manuel Payno tenía mayor instrucción que Lizardi: la literatura extranjera, y particularmente la francesa, había penetrado en nuestro país. *El Fistol* tuvo una forma más elegante; su estilo era florido, ameno y escogido; el gusto en las frases, en las escenas de amor y en

los tipos, revelaba desde luego al hombre fino y que frecuentaba la mejor sociedad, al poeta lleno de sensibilidad y de ternura, al discípulo de una escuela literaria elegante y al hombre de mundo. Se leyó con avidez esta novela, y aun se tuvo una gran ansiedad cuando el autor la suspendió al fin, dilatando la publicación del desenlace.

Esta no fué la única novela de Payno; á ella siguieron pequeñas leyendas, todas graciosas é interesantes, y cuyo único defecto era ser demasiado pequeñas.

Después de Payno hubo otro paréntesis, hasta que Fernando Orozco y Berra publicó su *Guerra de treinta años*, novela bellísima, original, escéptica, sentida, que respira voluptuosidad y tristeza, y que es la pintura fiel de las impresiones de un corazón corroído por el desengaño y por la duda, y que había entrado en el mundo, ávido de amor y de goces. Nosotros pondríamos por epígrafe al libro de Orozco, esta quintilla de Enrique Gil:

Ay del corazón del niño
Que se abrió sin vacilar,
Sin reserva y sin aliño,
Pidiendo al mundo cariño,
Y no lo pudo encontrar.

La guerra de treinta años es la historia de un

corazón enfermo; pero es también la historia de todos los corazones apasionados y no comprendidos. Fernando Orozco fué muy desgraciado; murió joven y repentinamente, poco después de la publicación de su novela, que es la historia de su vida. Los personajes que en ella retrata, vivían entonces, algunos viven aún, y los jóvenes, á quienes su narración interesó en alto grado, hacían romerías para ir á conocer á aquella ingrata Serafina que fué la negra deidad de sus amores.

Fernando Orozco tiene una extraña semejanza con Alfonso Karr, y hasta la forma loca y original de la *Guerra de treinta años* es la misma que la de *Bajo los tilos* de aquel, que según la carta final, es también la historia de sus pesares. Leyendo ambas novelas se sorprende uno de su analogía.

Después de Fernando Orozco hubo nuevo paréntesis hasta Florencio María del Castillo, el pobre mártir de Ulúa, cuya memoria nos es tan querida. Era casi nuestro hermano, y al nombrarle y al hablar de sus obras, se conmueve nuestra alma al recuerdo de aquellos días de la juventud que pasamos juntos, soñando y hablando como sueñan y hablan dos seres á quienes une la fraternidad del amor á la gloria, de la poesía y de la juventud y de la desgracia.

Florencio del Castillo es, sin duda, el novelista de más sentimiento que ha tenido Méjico, y como era además un pensador profundo, estaba llamado á crear aquí la novela social. Sus pequeñas y hermosísimas leyendas de amores, son la revelación de su genio y de su carácter. En esas leyendas no se sabe qué admirar más, si la belleza acabada de los tipos, ó el estudio de los caracteres, ó la exquisita ternura que rebosa de sus amores, siempre púdicos, siempre elevados, ó bien el estilo elegante y fluido del diálogo; ó la verdad de las descripciones, que son como fotografías de la vida en Méjico.

Cada una de sus heroínas es un ángel de bondad y de dulzura, porque Florencio pensó, y con razón, que para hacer amar la virtud á la mujer, no era preciso calumniar á ésta, sino por el contrario, iluminarla con los rayos del sentimiento, poetizarla, hacerla divina. Así, en sus leyendas no se ve á una sola de esas mujeres extraviadas, violentas, imperiosas, ulceradas por los vicios y aborrecibles; ninguno de esos ejemplares de mujer maldiciente y procaz, que van vertiendo por donde quiera el veneno de su corazón, haciéndose semejantes á las víboras por la fetidez del aliento de su alma. No: Florencio era demasiado delicado para levantar del lodo á esos reptiles y mostrarlos á la sociedad, que hartó

los conoce, y vuelve el rostro con repugnancia al encontrarlos.

Las heroínas de Florencio son jóvenes virtuosas, apasionadas, melancólicas con esa melancolía que hace llorar y no aborrecer al mundo, con esa melancolía que da dulzura al alma de la mujer, como la blanda luz de la luna da un color suave á su semblante. Ellas aman y sufren, y luchan y lloran en silencio; pero jamás se desesperan, jamás se sublevan contra el destino, jamás sucumben vergonzosamente, jamás se hunden en la perdición. En esas vírgenes pálidas y enamoradas cree uno uno ver ángeles, y se adivinan tras de ellas las alas de la inocencia plegadas por la resignación y el dolor, pero dispuestas á abrirse para remontar al cielo. Florencio tampoco ha ido á buscarlas en los palacios de los grandes de la tierra; no: quizás pensó que allí el lujo y el bienestar endurecen el corazón y sólo despiertan los sentidos. Generalmente las encontró entre las clases pobres, entre los que sufren, entre los que no tienen más goces que los del amor casto y sincero.

Por lo demás, Florencio es un poeta en la extensión de la palabra; pero un poeta melancólico. Nadie como él supo, con sus novelas, conmover tanto y dejar una impresión de honda tristeza, porque ése es el carácter de su poesía.

Sus leyendas no concluyen en matrimonio, ni en abrazos, ni en agradables sorpresas; todas ellas se desenlazan dolorosamente como los poemas de Byron; pero diferenciándose del poeta inglés en que la desdicha de sus héroes no produce desesperación, ni deja en el alma las tinieblas de la duda, sino simplemente una tristeza resignada, porque Florencio no era escéptico.

En ternura y en pasión, las novelas de Florencio pueden rivalizar con *Pablo y Virginia*, pueden rivalizar con *Werther*, llevando á ésta la ventaja de la moralidad; pueden compararse con la *Graziella* ó con el *Rafael*, de Lamartine, aventajándoles también en el estudio social y en la intención, y por estas razones pueden compararse con algunas de las creaciones de Balzac.

En esto no exageramos: otros más autorizados que nosotros han hecho las mismas observaciones ya, y nosotros no somos más que el órgano de la opinión general de los inteligentes.

Tales son esas bellísimas leyendas. Son varias, y se intitulan: *El cerebro y el corazón*, *La corona de azucenas*, *¡Hasta el cielo! Dolores ocultos*, *La Hermana de los ángeles*. Ellas, menos la última, se publicaron en una elegante edición, precedida de un hermosísimo prólogo de Guillermo Prieto, y se han reimpresso varias ve-

ces. *La Hermana de los ángeles* apareció después.

Muy poco después, Pantaleón Tovar publicó sus *Ironías de la vida*, novela de costumbres populares y que entraña también el estudio social. Tovar concibió un plan vastísimo y lo modeló según la famosa novela de Süe *Los Misterios de París*, que entonces estaba en boga. Para desarrollarlo se consagró al estudio de las costumbres y aun del lenguaje especial del *argot* de nuestro populacho, que es tan abundante en locuciones extrañas y en palabras convencionales, como el *argot* parisiense y como el *caló* de los gitanos. Con todos estos datos, Tovar escribió su novela, que se leyó mucho; pero Tovar es inconstante y se fatiga pronto en sus tareas literarias. Además, su alma parece devorada por un tedio incurable; ha sufrido mucho, y todas sus obras se resienten de una tristeza amarga que revela cierto desfallecimiento. La idea de su novela quedó trunca, y como él ha sido arrastrado también por el huracán de la política, y parece haberse retirado de la arena literaria al terreno prosaico de los guarismos, difícilmente la llevará á cabo.

Pasó el gobierno del general Arista, luego la dictadura de Santa-Anna; la literatura tuvo otro de sus períodos de mutismo frecuentes, y

durante la administración del general Comonfort volvió á dar señales de vida á la sombra de una paz que duró ¡ay! muy poco tiempo.

Entonces dos jóvenes aparecieron escribiendo novelas: Juan Díaz Covarrubias y José Rivera y Río.

Las del primero también son ensayos de estudios sociales, y se dieron á luz bajo diferentes formas, llamándose *Impresiones y sentimientos*, *La clase media*, *El diablo en Méjico* y *Gil Gómez el insurgente*, que parece una leyenda histórica. El carácter literario del jóven mártir de Tacubaya, es bien conocido para que nos detengamos á analizarle. Aquella vaga tristeza, que no parecía sino el sentimiento agorero de su trágica y prematura muerte, aquella inquietud de una alma que no cabía en su estrecho límite humano, aquella sublevación instintiva contra una sociedad viciosa que al fin había de acabar por sacrificarle, aquella sibila de dolor que se agitaba en su espíritu pronunciando quién sabe qué oráculos siniestros, aquella pasión ardiente y vigorosa que se desbordaba como lava encendida de su corazón: hé aquí la poesía de Juan Díaz Covarrubias, hé aquí sus novelas.

Hay en su estilo y en la expresión de sus dolores precoces grande analogía entre este joven y Fernando Orozco. Hay en sus infortunios

quiméricos como un presentimiento de su horrible martirio, y por eso lo que entonces parecía exagerado, lo que entonces parecía producción de una escuela enfermiza y loca, hoy nos parece justificado completamente. Juan Díaz, como Florencio del Castillo, amaba al pueblo, pues se sacrificó por él; tenía una bondad inmensa, un corazón de niño y una imaginación volcánica, y todo esto se refleja en sus versos y en sus novelas, en cuya lectura cree uno ver á uno de esos proscritos de la sociedad, que arrastran penosamente una vida de miseria y de lágrimas, y nó á un joven estudiante de porvenir, bien recibido en la sociedad y llevando una vida cómoda y agradable, como realmente era. En sus versos, Díaz habla de sus desdichas como Gilbert, como Rodríguez Galván y como Abigail Lozano. En sus novelas es dolorido y triste como un desterrado ó como un paria.

¡El numen de la muerte le inspiraba, y todas estas quejas eran exhaladas con anticipación, para ir á morir repentinamente y en silencio en Tacubaya!

José Rivera y Río, ya conocido por sus bellas composiciones poéticas, como Díaz Covarrublas, también publicó varias novelas sociales. Rivera y Río es tan original en su poesía como en su composición romanesca. Joven, precoz, apasio-

nado, vehemente, con un gran corazón y una alma ávida de todas las emociones, con una naturaleza sensual y delicada, aspirando con voluptuosidad el perfume de las rosas de su juventud; pero irritándose al contacto de las espinas, este poeta es la expresión de esa juventud fogosa é impaciente, de esa falange del porvenir para la que el reposo es la muerte, para la que el obstáculo es el imposible.

Rivera y Río sueña con su ideal, sonrío acariciándolo en su imaginación; pero cuando baja los ojos hacia la prosa de la vida y lo encuentra irrealizable, se indigna, se entristece y se rompe la frente calenturienta contra el muro de la maldad ó de la estupidez. De aquí ha venido que su carácter sea una rara mezcla de fe y de escepticismo, de ternura y de odio, de goce y de tormento. Su lira tiene transiciones increíbles; ya suena dulce y melancólica como el laúd de un trovador de la Edad Media, ya cambiando de súbito, produce notas vibrantes, roncadas y terribles, como la cítara de un profeta antiguo arrebatado por la cólera.

Hay además, que Rivera y Río abriga un fondo de honradez austera é intolerante. El no transige con el vicio, no puede ni siquiera disimular su indignación en su presencia; le persigue, le vapula, le maldice, y cuando le ve triun-

fante, no se da por vencido; lucha con él, le escupe, y derrama lágrimas de despecho por no poder aniquilarle. Tal es Rivera y Río como poeta; tal es también como novelista. Si sus versos salen de su boca como un rugido de la tempestad, su novela es una invectiva social. El nombre sólo de una de sus leyendas indicará sus teorías. *Fatalidad y Providencia* se llama esa serie de cuadros llenos de sentimiento y de tristeza, pero que á veces aparecen iluminados por relámpagos de cólera y de duda. Su estilo es fluido y enérgico; á veces tierno hasta la dulzura, á veces incisivo hasta hacer mal; vehemente las más veces, elegante siempre. Si Rivera y Río nos perdonara una libertad, le aconsejaríamos que se consagrara á la novela.

El produciría obras que podrían rivalizar con las de Federico Soulié, porque tiene su mismo carácter.

Hemos colocado en este tiempo el lugar de las novelas de Rivera y Río, que no se publicaron sino hasta 1861, porque su plan fué concebido entonces y porque él perteneció á esa época de renacimiento literario.

Pasó la administración de Comonfort y volvió á atrasarlo todo la guerra, esa guerra fatal que ha pesado sobre este país como una maldición, y que ha cegado las fuentes de su riqueza

material, así como ha paralizado su movimiento intelectual.

El gobierno progresista triunfó, y á su advenimiento á México, la política siguió agitando todas las almas, la guerra civil siguió rugiendo amenazadora, y la bella literatura no pudo florecer sino penosamente.

La novela, sin embargo, volvió á aparecer con su color de actualidad y con su estudio contemporáneo. Un escritor instruido, fuera ya de la edad de la juventud y con una larga experiencia del mundo fué el nuevo autor. D. Nicolás Pizarro Suárez había concluido y rejuvenecido su *Monedero*, y había escrito nuevamente su *Coqueta*, dos novelas que llamaron mucho la atención y que se leyeron con avidez.

Decimos que había rejuvenecido su *Monedero*, porque recordamos que cuando muy jóvenes y haciendo todavía nuestros estudios de latinidad, esta novela apenas comenzada, nos produjo agradable distracción en los ratos de ocio del colegio.

Pero Pizarro no la concluyó entonces ó no la popularizó, y nosotros no leímos su desenlace; de modo que en 1862, cuando su autor tuvo la bondad de regalarnos sus obras, nos pareció nueva enteramente.

Su novela *La Coqueta* es de menor importan-

cia. Es un cuento de amores; pero también es la fisiología del corazón de la mujer casquivana de nuestro país. Esta leyenda es un cuadro lleno de frescura y de sentimiento en que las situaciones interesan, en que el colorido seduce y en que la virtud resplandece siempre con el brillo de la victoria.

Ahora nos preguntamos después de repasar en nuestra memoria esas leyendas, ¿por qué razón estos autores se han limitado á publicar una ó dos solamente? ¿Es que acaso carecen de asuntos? Es imposible. ¿El desaliento arranca la pluma de sus manos? Pero ¿por qué no la retiene el deseo de instruir al pueblo y de vindicar á su país calumniado? Porque presentar á nuestro pueblo, tal como es, no sólo debe ser la misión del periodista y del historiador, sino del novelista, que tiene la ventaja de disponer de un terreno más amplio para sus cuadros y sus defensas.

¿Quieren consentir en que algunos ignorantes novelistas de ultramar derramen en el mundo civilizado sus absurdas consejas sobre nosotros, y lo que es peor, sus negras calumnias, que pasarán por verdades si los mejicanos no las desmienten con sus obras más dignas de crédito?

Acaba de publicarse, por ejemplo, *La Esposa*

Mártir, de Pérez Escrich, acerca de la cual hicimos ya una indicación. Pues bien la tal *Esposa Mártir* del autor del *Cura de Aldea*, es un tejido de disparates á que viene á dar realce esa ternura afectada y empalagosa y ese estilo soporífero que caracterizan las obras de este autor.

La Esposa Mártir tiene lindezas como éstas. D. Angel Gurrea llega á la República mejicana y entra por el puerto del *Callado*. (¿eh?) Después se dirige á Méjico, deja su fragata fondeada en *Puebla de los Angeles*. (¿qué tal?) Se aloja en casa de un amigo, que tiene un jardín cuya verja está bañada por el lago de *Santa Fe*, de manera que desde allí puede embarcarse para atravesar el lago. El amigo le invita para dar un paseo no muy lejano al *rio Gila*. Hay un general mejicano que viste chaqueta de terciopelo azul, que llama á sus ayudantes á pistoletazos y que manda fusilar á un enemigo suyo español, después de almorzar con él. [Esta es una anécdota de las guerras de Argentina, contada por Dumas y plagiada por Escrich.] Hay, en fin, otras curiosidades que honran mucho á la Universidad en que Escrich estudió geografía, si es que la estudió. Increíble parece que un novelista de alguna nombradía y que escribe acerca de lo que se llamó Nueva España, incurra en semejantes

dislates. Pues en esta parte, á nuestro Mateos no podrá hacerse semejante reproche jamás, porque aunque no ha viajado por Europa, sus descripciones de algunos edificios y lugares de allá son de una exactitud fotográfica, porque se ha tomado la pena de estudiar y de consultar.

Del mismo modo que Escrich, han incurrido otros autores extrañeros en crasos errores respecto de Méjico, como Fernández y González y como esa turba de escritorillos franceses y yankees que han dado á luz con gran frescura, sus *Escenas de la vida mejicana*, sus *Impresiones en Méjico*, etc., etc., en forma, ya sea de narraciones de viaje ó de leyendas. Por todo lo cual se hace preciso que nosotros nos anticipemos á cultivar la novela nacional.

Con Pizarro se cierra la serie de novelistas anteriores á nuestra última guerra con la Francia y el Imperio. Durante ésta, se publicaron en París por la casa de Rosa y Bouret y vinieron á Méjico las dos primeras novelas de José María Ramírez, y una de Juan Pablo de los Ríos, intitulada *El oficial mayor*. La última es un cuadro de costumbres bien dibujado y lleno de sentimiento. Juan Pablo de los Ríos es un joven que ha probado todas las dulzuras de la vida y todos sus amarguras. Sujeto á las duras pruebas de una suerte ingrata, la sufre con re-

signación y busca en el trabajo y en el amor de la familia los consuelos que su corazón angustiado necesita. Conocedor de nuestra sociedad, en aptitud por su posición anterior de conocer sus misterios y sus costumbres, aun en las clases elevadas, él ha podido presentar tipos exactos que le eran familiares; y *El oficial mayor*, que es ya conocido en las Américas españolas, podrá dar una idea verdadera de nuestras cosas. Nosotros deseáramos que este joven autor se consagrara al estudio de buenos modelos, que cultivara asiduamente la literatura, porque podría darnos en lo sucesivo ventajosas pruebas de su talento.

En cuanto á las obras de José María Ramírez, como todas tienen un carácter especial, las analizaremos al tratar de *Una rosa y un harapo*, que pertenece á este tiempo.

Después del triunfo de la República, la literatura renace otra vez, y algunos escritores, movidos sin duda por las razones arriba expresadas, emprenden ya publicaciones importantes. De ellas vamos á hablar en la sección siguiente, y damos aquí un respiro á nuestros lectores, fatigados ya con tan larga revista.